Frente a todas las formas de dictadura
DEFENDAMOS LA LIBERTAD



AÑO VIII - Nº 65 BUENOS AIRES, JUNIO DE 1943 Precio: 0.10 Ctvs.

QUE NO SE IMPONGA UNA DICTADURA DEFINITIVA

LAS FUERZAS SANAS DEL PUEBLO DEBEN CONCENTRARSE EN LA DEFENSA PERMANENTE DE SUS DERECHOS INALIENABLES

El estallido militar que acaba de llevar al poder, como gobierno **de facto**, a un grupo de militares y marinos, no se diferencia, ni siquiera en sus expresiones episódicas, de los tantos golpes similares, típicamente latinoamericanos, mediante los cuales los "pundonorosos soldados" se disponen a "salvar a la patria", apuntalar las instituciones y hacer la felicidad del pueblo, con esa característica mentalidad militarista que considera posible resolver los más complejos problemas políticos, económicos y sociales, dictando severas órdenes y poniendo su ejecución en manos de miembros de la propia casta. Mentalidad, políticamente primitiva y reaccionaria, que no advierte siquiera el ridículo que significa designar a un general de infantería como ministro de Agricultura y colocar a un coronel de caballería frente al de Justicia e Instrucción Pública. Y así sucesivamente.

Nunca faltan motivos para justificar un pronunciamiento de esa índole. Gobiernos que "han adoptado como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción" son casi todos —o sin casi— los que se han sucedido en este país y en otros países del continente. Cuando esto no es bastante, se invoca el espantajo ya clásico del "comunismo" que esta vez se sacó a relucir también —en la primer proclama del primer salvador de la patria— junto con "el alejamiento de la educación de la niñez de la doctrina de Cristo" y otros tópicos fascistizantes. Y ya los celosos depositarios de todas las virtudes patrióticas tuvieron motivo suficiente para hacer marchar la tropa por las calles de la capital y pronunciar les consabidas arengas desde la Casa Rosada, plagadas de t o d o s los lugares comunes acerca del "sacrificio patriótico", el "pundonor militar", la "franqueza de soldado", etc.

Todo eso sería bastante risueño si no fuera profundamente trágico. La tragedia está en la condición inerme del pueblo, frente al poder omnímodo de la casta militar; en la desorientación reinante que hizo concebir a muchos absurdas esperanzas sobre mayores libertades, como consecuencia del cuartelazo; en la falta de una acusada voluntad de resistencia popular capaz de oponerse de un modo eficaz a los probables desbordes dictatoriales. Por lamentable que ello sea, es preciso reconocer que muchos hombres del pueblo, profundamente asqueados por la corrupción o la inoperancia de los políticos, han recibido como un alivio el golpe militar, pensando que si "aquellos" —el gobierno depuesto— eran malos, éstos que vienen a gobernar ahora, tendrán que ser mejores. Otros procuran fundar su optimismo sobre una posible presión de las grandes potencias democráticas y en la vaga declaración de "acercamiento a los hermanos de América", formulada por el gobierno **de facto**. Cualquier alusión a la legalidad y a la restauración de las instituciones, es interpretada como una garantía de libertad y sirve de consuelo a quienes no son capaces de defenderla por su cuenta. Se está pendiente de la buena o mala voluntad de los personajes galoneados, como en otros tiempos de la de los señores de derecho divino. O como hoy, en muchos países del capricho de los jerarcas totalitarios.

Semejante situación no debe cristalizar en el espíritu del pueblo. Hay que desechar las ilusiones simplistas así como la absurda confianza en el democratismo de los nuevos amos. Estamos simplemente ante un ensayo de dictadura militar que se convertirá en régimen definitivo si no lo impiden las sanas fuerzas populares, concentradas en una tenaz acción de resistencia, en la defensa de derechos inalienables. Todo cuartelazo tiende a la dictadura y toda dictadura tiende a perpetuarse. De hecho, habrá de aplicar métodos totalitarios y los hubiera aplicado aunque esa peste política que es el fascismo no hubiera aparecido, para desgracia de los pueblos, pues ello está en la naturaleza de toda dictadura. Por otra parte, tampoco hay que ilusionarse sobre las promesas de solidaridad americana. En el mejor de los casos, puede concebirse una política exterior adicta a Estados Unidos — y aun no hay indicios de que se propongan romper con el "Eje"— mientras internamente se pongan en práctica los planes políticos más reaccionarios. El ejemplo ofrecido por los regímenes imperantes en Brasil, Paraguay, Bolivia, Perú, etc., donde rigen gobiernos de fuerza no obstante su adhesión al "bloque democrático" ha de ser bastante aleccionador a ese respecto.

Sólo en el propio pueblo de la Argentina reside la posibilidad de impedir que la dictadura se instale en forma definitiva y se liquiden las pocas libertades que aun no se había abolido. Hay que preparar los espíritus para la resistencia, permanente, tenaz, irreductible, contra todos los amagos liberticidas. Ninguna fuerza puede prevalecer, a la larga, contra la decidida voluntad de un pueblo que defiende su libertad y sus derechos. Hemos visto que el fascismo ha fracasado aquí, en sus intentos de ganarse una corriente popular. No hay ambiente propicio para ninguna dictadura que declare francamente esa condición. Pero falta también la disposición vigilante y combativa, frente a sus formas disimuladas y "provisorias". Deber nuestro, deber que los libertarios asumimos con pleno sentido de responsabilidad, es el de despertar en el pueblo, en la masa trabajadora especialmente, ese espíritu combativo, celoso de sus libertades y derechos, que da carácter de dignidad a un pueblo y constituye su fuerza frente a todos los desmanes autoritarios. Espíritu noble y extraordinariamente vital que está promoviendo el resurgimiento de los pueblos europeos, a pesar de la brutalidad totalitaria del nazifascismo.

No se trata ahora de truculencias verbales ni de incitaciones irresponsables, sino de una acción permanente por la recuperación de las fuerzas obreras y populares, para la defensa de la libertad frente a todas las formas de dictadura.

EL GOBIERNO OLIGARQUICO DE CASTILLO

CALIFICAR al gobierno depuesto de reaccionario, tal vez sea insuficiente. Porque además de dirigir el país de acuerdo a los conceptos más retrógrados, según convenía a los intereses de una pequeña casta y con los métodos más opresivos, padecía dos enfermedades que trajeron enormes perjuicios a nuestro pueblo: una se denomina pacancitismo y la otra tiene un nombre mucho más sencillo: idiotez.

De inclinaciones y simpatías francamente nazifascistas, pretendió adoptar una actitud equidistante entre los dos bandos que se disputan, en lucha a muerte, su predominio sobre la humanidad, disimulando sus fervientes anhelos de que triunfara la barbarie cuya expresión es el poder nazi. Su política de neutralidad no fué de independencia; todo lo contrario, fué de concesiones, entregas, renunciamientos, tanto frente a los representantes de los aliados como de los totalitarios. Contentaba a medias a los alemanes, dándoles una base para su propaganda y acción en todo el hemisferio, y luego trataba de conformar a los ingleses con medidas como la entrega total de los transportes a la Corporación.

Castillo pretendió hacer un gobierno "fuerte". Tuvo la ilusión de ser águila y sólo era cuervo. Fué "fuerte" únicamente con lo que estaba ya descompuesto, disgregado, carente de vitalidad. Disolvió el Concejo Deliberante, anuló prácticamente la acción independiente del Congreso, se ensañaba contra los políticos vacilantes, genuflexos y poco viriles que dirigen los partidos, y sobre todo contra los radicales. ¿Pero existe algo más deleznable que aprovechar de la inconsistencia de rivales tan poco dignos de consideración, para demostrar que se gobierna con "mano fuerte"?

Usó, sí, los métodos aprendidos de los totalitarios contra el movimiento obrero, contra la prensa libre, contra todo lo que pudiera exteriorizar los anhelos de libertad y justicia del pueblo. Su normalidad era el estado de sitio.

Fué el gobierno de las Juntas Reguladoras, de los empréstitos, de los déficits fabulosos en el presupuesto nacional, de la burocracia enchufenda y, sobre todo, el gobierno del fraude, del envilecimiento, de la degradación moral y administrativa. Y lo que era peor: estaba dispuesto a imponer su sucesor, en la candidatura de Patrón Costas.

Esto, que no sirve para defender a quienes lo han depuesto, es necesario decirlo para calificar el gobierno de Castillo.

El Pueblo, Fuente De Toda Soberanía

UNA vez más, se ha invocado al pueblo, como "fuente de toda soberanía", en un juramento protocolar destinado a legitimar el golpe de Estado, rodeándolo de un marco de ficticia popularidad.

Es significativo que todos los gobernantes y con más vehemencia los de origen dictatorial, invoquen al pueblo, se erijan en ejecutores de su voluntad, pretendan interpretar sus deseos y servir sus intereses.

Simultáneamente, tratan al mismo pueblo como a un perpetuo menor de edad, le imponen celosos tutores y lo rodean de restricciones, prohibiciones y amenazas de todo género.

¿Qué soberanía es esa, donde el "soberano" no puede expresar libremente su opinión, no puede organizarse a su modo ni intervenir directamente en la solución de los problemas que más le afectan?

¿Cómo puede ejercerse la soberanía, sin libertad de palabra, de reunión, de asociación y de prensa?

¿Con qué derecho se erigen los dictadores en intérpretes de la voluntad popular?

Es evidente que donde no hay libertad —libertad real y no ficción legalista— la soberanía del pueblo no puede ser otra cosa que una triste ficción, una burla más que se hace a su dignidad, una abstracción que se invoca, como en otro tiempo la gracia divina, para ocultar las concupiscencias del poder.

Por lo demás, cuando los dictadores se refieren al pueblo, no piensan en un conjunto de hombres libres, sino en un rebaño de sumiso que acata todas las disposiciones y aclama al jefe o una voz de orden. Pero una multitud arrebañada, pedestal adecuado de los poderes totalitarios, no puede ser fuente de soberanía. Y, por suerte, aun no tenemos aquí rebaños de ese género.

EL GOBIERNO DE FACTO DE LOSMILITARES

Determinar los propósitos y finalidades del movimiento militar que depuso al gobierno de Castillo, es en realidad una tarea bastante compleja, y no creemos que en los actuales momentos pueda precisarse el carácter definitivo del nuevo régimen. En primer término, porque parece cada vez más evidente que sus mismos promotores carecen de un verdadero programa, ya que en sus declaraciones, cuando no han sido desesperantemente ambiguos, han incurrido en abiertas contradicciones. En segundo lugar, porque los cambios habidos desde el día 4 de junio hasta el presente, deben incidir en la orientación de su desempeño gubernativo.

Lo que puede afirmarse es que depende en gran parte de la actitud que asuma el pueblo las directivas de la gestión del gobierno militar. Ya se ha comprobado la importancia que reviste la expresión popular: el unánime sentimiento de desengaño y hasta de repudio observado cuando se dió a conocer la nómina del gabinete que iba a presidir el general Rawson, en el cual figuraban elementos fascistas y con antecedentes uriburistas. En no despreciable medida ello ha influído para que se modificara el gobierno, y que se formularan promesas de tono apaciguador.

Hasta ahora, el mismo afán de no despertar recelos y resistencias ha hecho que espontáneamente se derogara la ley marcial; naturalmente que manteniendo el estado de sitio... Se ha hecho declaraciones en el sentido de respetar la Constitución y las leyes vigentes; todo con el mismo objeto.

Interesa destacar, sin embargo, y por encima de toda clase de presunciones acerca de las verdaderas intenciones de los actuales gobernantes, que un gobierno militar no puede desprenderse, aun en el supuesto de que se lo propusiera, de sus características esenciales como tal. La disciplina del cuartel, el ejercicio del mando, la sensación de poderío que confiere estar en posesión de la fuerza armada, forman una mentalidad especial que influye lógicamente en todos los actos que se realicen.

Mentalidad que ya se está manifestando y que no tardará en imponerse por medio de procedimientos de terror apenas se advierian signos de rebeldía en la población.

Y el pueblo, que no ha apoyado para nada el presunto gobierno constitucional de Castillo, que coartaba todas esas expresiones, tampoco puede resignar sus anhelos y derechos. Porque lo que hace falta ahora no es más opresión, sino más libertad.

La Fuga y Regreso de un Elenco Gubernativo

NADA hay tan ridículo como el espectáculo del hombre que muestra a los hombres pusilánimes y despreciables, que se sintieron dominadores y déspotas en el poder, una vez que han visto desmoronarse las fuerzas que los apuntalaban.

Un presidente de la República, ministros, altos funcionarios, todo el elenco gubernativo que se jactaba de tener al país entero en un puño, de imponerle sus directivas, de obligarle a aceptar el fraude y los funcionarios surgidos de él, de someterlo a una política internacional contraria a los sentimientos del pueblo, apenas se produce una insubordinación de tropas, se convierte en sequito grotesco, atemorizado, ansioso de hallar refugio seguro y no atina a nada mejor que embarcarse en un minúsculo rastreador de la Armada.

El comentario popular advirtió inmediatamente el ridículo de tal situación. Y el hecho se prestaba a las más jocosas expresiones. Unos decían que Castillo se había refugiado en un rastreador porque se aferraba a los últimos rastros de su poder. Otros, poque procuraba a toda costa salir a flote de la situación. Y otros aseguraban que su política había sido tan rastrera, que solamente podía terminar en un rastreador.

De todos modos, el accidentado viaje a Colonia, los ilustres pasajeros que fueron abandonados en tierra, la pequeña vuelta por Montevideo, etc., todo para terminar regresando a La Plata y firmar una renuncia, tiene aspectos originales que no figuran en el protocolo oficial. ¡Lástima que esta fuga y regreso del elenco gubernativo no hayan sido impuestos verdaderamente por el pueblo que es quien ha sufrido las consecuencias de su nefasta política y quien debiera hacer justicia por sus propias manos!

EN 24 HORAS CAMBIAN LOS SALVADORES DE LA PATRIA

No existe perfecto acuerdo acerca de si es fácil o difícil la tarea de salvar a la patria. Los que sostienen la segunda tesis afirman que es necesario jugarse la vida en un golpe militar, arriesgar la carrera, obligar al gobernante anterior a refugiarse en un barquito de guerra, y después... lo más grave: tratar de formar un gabinete. En cambio, los defensores de la primera opinión alegan que no ha de ser tan complicado eso de salvar la patria, desde el momento que son tantos los que se demuestran no sólo capaces, sino ansiosos de hacerlo.

Nosotros hemos perdido un poco en estos días la noción de lo que es fácil y lo que es difícil. Nos parecía muy difícil, por ejemplo, que un señor que ya fué ministro de Victorino de la Plaza —y hace tantos años, que la generación actual no recuerda esa presidencia— pudiera ahora ser designado ministro de Instrucción Pública, en el afán de imponer nuevos planes de enseñanza. Sin embargo, ya estaba anunciada tal noticia. Del mismo modo que nos parecía imposible que de jefe de policía se diera un salto sin etapas hasta el cargo de ministro de Relaciones Exteriores. No obstante...

Lo que está comprobado sin lugar a dudas, es que los salvadores de la patria pueden cambiar en 24 horas, sin perjuicio de que existan otros que puedan salvarla más y mejor.

LO RIDICULO

Adhesión Apresurada de Políticos sin Rumbo

EN en lenguaje popular, no sería muy acertada la expresión "políticos sin rumbo" que empleamos en el título, refiriéndonos a todos esos dirigentes —en primer término los radicales— que sintiéndose desorientados, aislados de los acontecimientos, sin dirección alguna sobre la masa de afiliados que debiera estar bajo su control, sólo tuvieron la ocurrencia de adherir al movimiento militar y procuraron presentar sus saludos a las nuevas autoridades. Por el contrario, nos parece mucho más precisa la denominación de "rumbeadores", porque sintetiza los auténticos sentimientos que pudieron inspirar aquella actitud.

La verdad es que también estos políticos se sumergieron en el ridículo. En primer término porque no los recibieron y no les dieron oportunidad de demostrar sus condiciones de genuflexos. En segundo término, porque adhirieron a un gobierno que fué reemplazado antes de estar constituído y que estaba integrado por dos civiles uriburistas...

Llama realmente la atención el hecho de que un partido que afirma ser mayoritario, que está luchando desde hace más de doce años por la reconquista del poder, que podría hacer que la palabra de sus dirigentes, respaldada por tan poderoso apoyo popular, fuera decisiva, o por lo menos respetada, se encuentre en tan ridícula situación.

Es que se carece de algo elemental: dignidad. Hace pocos días, el presidente de la Cámara de Diputados visitaba a Castillo y aceptaba la imposición de éste de que las sesiones no comenzaran en la fecha señalada por la Constitución. Luego encabezó la delegación que fué a felicitar al gobierno, uno de cuyos primeros actos, fué precisamente, la disolución del Parlamento...

PERSPECTIVAS SOMBRIAS

NADA PUEDE ESPERAR EL PUEBLO DE LOS GOBIERNOS DE FUERZA

UNO de los efectos más desastrosos del culto al poder predicado por todos los partidos políticos, es la creación de una mentalidad en grandes sectores de la población, que sólo ve en los "gobiernos fuertes" la salida a los grandes males que sufren. Es común la expresión que la ignorancia pone en boca de muchos: "Lo que hace falta es un gobierno de hierro". Quienes han sido preparados por la propaganda de los aspirantes al poder para confiar en este último la solución de todos los problemas, llegan a la conclusión lógica que ante los desbordes de inmoralidad que infectan a las esferas gubernamentales, el remedio heroico debe ser un puño de hierro, un núcleo de "verdaderos patriotas" que tomen el timón del Estado para depurarlo de sus vicios y convertirlo en defensor de los intereses populares.

Nada ha sido más trágico en la historia de los pueblos, sin embargo, que cada período de gobierno de fuerza que debieron soportar países de las más diversas condiciones. Las ilusiones del primer instante, nacidas de las promesas sin límites que hicieron los nuevos conquistadores del poder al iniciar su gobierno, debieron dar paso a las terribles realidades que fueron castigando al pueblo, que fueron maniatándolo y amordazándolo con el terror, que fueron creando un clima desesperante bajo la acción implacable del nuevo poder.

Podríamos entrar en consideraciones de carácter doctrinario, que a la luz de las enseñanzas históricas d e m u e s tran el eterno antagonismo entre el Estado y el pueblo, entre las instituciones y actividades oficiales y las aspiraciones y creaciones populares. Podríamos seguir la trayectoria de la democracia decadente, para ver que la culminación del fracaso del Estado ante las exigencias populares y de las disputas por el poder, fué el triunfo de ese tipo de "gobiernos providenciales" que comienzan por las grandes proclamas patrióticas y hunden poco a poco en la noche de la tiranía a los pueblos incapaces de actuar por su cuenta, defendiendo su libertad a costa de cualquier sacrificio.

Pero ante los hechos actuales, ante ciertas ilusiones y esperanzas nacidas a la sombra de proclamas y discursos, nos basta recordar al pueblo la realidad de América, de sus países dominados por dictaduras, de sus pueblos sometidos al "puño de hierro" de las fuerzas militares. Nos basta señalar que ningún gobierno de fuerza ha traído mayor bienestar a las masas populares, que todos han perseguido y exterminado a los cuadros sindicales, a los militantes de izquierda, a los opositores de cualquier clase. Nos basta recordar el t r á g i c o período de Uriburu en la Argentina. Nos basta ofrecer los ejemplos vividos, para poner en evidencia que de los gobiernos de fuerza el pueblo sólo puede esperar, aunque para engañarlo se le arrojen algunas migajas bajo la forma de espectaculares decretos, horas sombrías de sojuzgamiento, de negación brutal de todos sus derechos.

LOS PUEBLOS EUROPEOS EN LA HORA DECISIVA DE SU LIBERACION

★

Un ejército secreto de más de media millón de hombres entrará en acción cuando se produzca la invasión de los aliados al continente. Hombres, mujeres y niños, se arrojarán sobre los verdugos con armas o sin ellas, con hoces y palos, con piedras y dientes. El heroísmo anónimo de los millares de rebeldes que se opusieron a la Gestapo con sus ininterrumpidos ataques culminará en los días [illegible] contra las fuerzas de Hitler. Tales son las informaciones transmitidas por gente extranjera del continente y que ha traído con sus nervios el murmullo de los pueblos sojuzgados y su inquebrantable decisión de tomarse la revancha y de barrer a los criminales que superaran todo lo imaginable en materia de matanzas, de crueldad, de sadismo homicida.

Es de imaginar con qué ansiedad esperan las víctimas de la opresión nazifascista la hora de la anunciada invasión, la famosa "hora cero" que señalará el comienzo del asalto a la llamada "fortaleza europea". De esa fortaleza que dejará de serlo, no sólo por el formidable plan de los estados mayores aliados, no sólo por el vuelco sobre Europa de todo el poderío angloamericano, sino, y fundamentalmente, por la acción heroica que desde los primeros días del dominio nazi fueron desarrollando las fuerzas heroicas del pueblo, por todas partes, para desafiar a los invasores con toda clase de actos de sabotaje y de guerrilla, por esa acción que alcanzará proporciones gigantescas cuando sea dada la señal de la insurrección abierta.

Nada fué capaz de ahogar el espíritu de revuelta que puso en jaque a las fieras de la Gestapo y a los traidores que les sirven contra su propio pueblo. Las filas de los [illegible] fueron raleadas por los actos justicieros de los hijos más dignos de esos pueblos atormentados. Todo el celo de los esbirros de la "raza aria" fué burlado día y noche por la acción espontánea, inteligente, abnegada, de hombres y mujeres dispuestos a todos los sacrificios. Nada, ni los horrores de las masacres de pueblos enteros, ni la espantosa política de fusilar "rehenes" en masa para castigar a los invisibles guerrilleros de la libertad, ni la tortura del hambre, ni el exterminio de millones de seres por el tremendo delito de ser judíos, ni la locura bestial que impera en los campos de concentración; nada del monstruoso engranaje represivo que está bajo la jefatura de Himmler, pudo frenar la ola de rebeldía, aniquilar a los combatientes, intimidar a las poblaciones hasta forzarlas a delatar a sus más queridos compañeros, a sus libertadores...

En esta guerra, la página más emocionante, la lucha más difícil, el sacrificio mayor, estuvieron presentes en la batalla de los héroes que combatieron, que siguen luchando allí donde flamea victoriosa, como símbolo del demencial Estado hitleriano, la bandera de la cruz gamada. Ellos minaron la "fortaleza" que van a atacar los aliados. Y la hora decisiva, en la entraña herida del continente, ya no como conspiradores y combatientes aislados, sino como pueblo lleno de ira y de pasión vengadora, tendrán las tropas del Tercer Reich su peor enemigo en quienes saciaron su inaudita sed de sangre y dolor humano.

Lo saben bien los agentes de Hitler. Parece que es tanta su "preocupación" por lo que va a suceder pronto, que se aquieta su instinto a matar a sus víctimas con la tranquilidad pasmosa con que liquidaron a millones de mártires, ahora que avizoran la inevitable hora del desquite.

"En fuente belga —dice un telegrama de la United de fecha 8 del corriente— se declara que se han reducido notablemente las ejecuciones en los países ocupados del oeste europeo, porque los alemanes temen que la inminente invasión aliada provoque, con la liberación, una represión general". Pero la "blandura" de última hora, sinónimo de cobardía, no salvará a los asesinos. Está próxima la hora de la justicia implacable.

LA DISOLUCION DEL COMINTERN

Una Misión Cumplida: Deshonrar la Significación Real del Comunismo

Mucho antes de que la "disolución" oficial de ese cadáver en descomposición que era el Comintern subrayara para todo el mundo el hecho consumado del abandono de los principios del socialismo por parte de los secuaces de Stalin, habíamos señalado la trascendental significación de ese hecho que constituye una de las grandes apostasías históricas. Una apostasía en masa.

Al proponer Lenin en 1918 el cambio de denominación del partido social-demócrata ruso, fracción bolchevique, por el de partido comunista, recomendando igual denominación para las fracciones de izquierda que en distintos países se separaban del socialismo oficial, sostenía el líder ruso que el término "socialista" había sido tergiversado y deshonrado por los oportunistas y "social patriotas" de la II Internacional, los que le habían desprovisto de todo contenido obrero y revolucionario, para darle un tono pequeño burgués, chauvinista y reaccionario. Para evitar todo equívoco y para reivindicar el significado revolucionario que a su juicio tenía el marxismo, Lenin propuso la denominación "comunista" para los partidos que formaron la III Internacional, la que también debía ostentar ese calificativo, sobreentendiéndose que dichos partidos debían reafirmar la doctrina del socialismo, dentro de su interpretación marxista.

Pocos años fueron necesarios para que el estigma de la degeneración doctrinaria y orgánica marcara a esos partidos y a sus dirigentes, hasta deshonrar por completo el calificativo de "comunista", haciéndolo sinónimo de doblez, de deslealtad, de demagogia y de la más indecente especulación. Nacidos con el mal de origen de la dictadura —todo lo marxista que se quiera pero no por eso menos detestable— degeneraron en un oportunismo sistemático, bajo la indiscutida hegemonía de Stalin, que los convirtió en simples instrumentos de su política exterior.

Desde que el gobierno "soviético" renunció al socialismo para convertirse en un modelo de gobierno totalitario, sus agentes en todo el mundo tuvieron que tirar por la borda su bagaje socialista, así como de antemano habían renunciado a toda independencia ante los jefes de Moscú.

En tales circunstancias se produce la disolución protocolar de la "Internacional Comunista". Se dice que ella ya cumplió su misión y por tanto debe desaparecer. La verdad es que sólo ha logrado desprestigiar hasta el más alto grado el término que le ha servido de calificativo y ha introducido una terrible confusión en el movimiento obrero mundial. Si esa fué la misión del organismo fundado por Lenin, sólo la plutocracia habrá de congratularse con ella. En cuanto al proletariado, tendrá que realizar el gran esfuerzo necesario para librarse de la corrupción demagógica que ha penetrado en su seno y depurar sus filas para reiniciar la gran lucha por el verdadero socialismo.

El laborismo inglés ante la posguerra

SABIDO es que el partido laborista británico interviene en el gobierno activamente, ocupando, entre otros altos puestos, el de viceprimer ministro, desempeñado por el mayor Attlee y la cartera del Interior, a cargo de Herbert Morrison. La experiencia política del laborismo es fecunda en pruebas de su colaboración con el capitalismo. Se recuerda bien el período en que su jefe Mac Donald ocupó la jefatura del gobierno de Su Majestad. Y como demostración rotunda de su vinculación y sometimiento a la burguesía de su país, nos basta señalar la actitud de ese partido durante la guerra en España, cuando, al igual que sus hermanos en Francia, secundó la poco gloriosa empresa de asfixiar al pueblo hispano con la farsa de la "no intervención".

Interesa conocer la posición que adopta el partido laborista inglés ante los problemas tan debatidos de la postguerra. Aunque se tenga la absoluta seguridad de que, cualesquiera sean sus programas teóricos, se plegará a los planes de la burguesía más conservadora, cuando ésta le ofrezca, a cambio de su "colaboración" —que fué y seguirá siendo siempre traición a los intereses de las clases productoras— puestos de dirección en el gobierno. Sería absurdo esperar conversiones a la consecuencia socialista, en hombres engranados en cuerpo y alma al mecanismo capitalista.

En un discurso pronunciado recientemente por Herbert Morrison ante la Sociedad Fabiana, expuso el punto de vista del laborismo sobre la postguerra, tema que será considerado en la conferencia del partido a inaugurarse el 14 de junio. De algunos párrafos, pueden deducirse los alcances de las aspiraciones laboristas. Señaló Morrison la incapacidad del capitalismo privado, en frases lapidarias: "Si el capitalismo privado significa invalidar nuestro poderío económico y hacernos padecer hambre por temor a la abundancia, ese capitalismo es indefendible. Si significa la desocupación en masa, ese capitalismo no puede durar. Ya no es posible atemorizar al pueblo británico, con el [illegible] ni obtener popularidad con los artificios del siglo XIX. El pueblo está [illegible] a que haya un cambio franco y para ello busca programas prácticos y una guía honesta y vigorosa". Por supuesto, que esa guía debe ser el propio laborismo a pesar de las pruebas que dará siempre de incumplimiento de cualquier promesa que signifique una auténtica conquista socialista.

En qué consiste la superación de ese capitalismo privado lo expresa el mismo ministro del Interior en algunas palabras: "el alcance de la propiedad pública o fiscalización aplicada constructivamente". Es decir, la máxima intervención del Estado en la industria, sin tocar, por supuesto los principios del capitalismo, ya que a los laboristas les basta decir a sus partidarios británicos que "el verdadero seguro social significa trabajo, labores seguras, pero también gratas". Todo conduciría a convertir al Estado en propietario y fiscalizador de la producción. El proletariado se conformará con producir para enriquecer y fortalecer al sistema que lo explota, con tal que en el gobierno participen los "guías" que propician el capitalismo de Estado como ideal para la postguerra.

En cuanto a los problemas internacionales, el programa laborista no va más lejos que los propósitos de los estadistas burgueses: "seguridad internacional, supresión de las agresiones y cooperación económica universal". Sobre la forma práctica de realizar esos objetivos en un mundo capitalista, en un mundo en que subsistirán grandes potencias imperialistas rectoras, nada dijo el líder laborista. Tampoco parece haberle dado importancia al problema de las colonias, dominios y protectorados, al problema crucial del derecho de los pueblos del imperio británico a una independencia efectiva. Los ideales del laborismo en relación a la postguerra, no alcanzan a tanto, a juzgar por el silencio que guardó Mr. Morrison. Veremos si la anunciada conferencia del partido precisa más y con mayor amplitud su posición ante asunto tan trascendental.

NO SE PUEDE LIBERTAR A UN PUEBLO CON LA VIOLENCIA

★

El hombre verdaderamente libre no está a gusto ni en el papel de superior ni en el de inferior y se esmera, ante todo, por desarrollar sus valores internos y sus capacidades personales de una manera que le permite tener un juicio propio en todas las cosas y le capacita para una acción independiente. La tutela continua de nuestra acción y de nuestro pensamiento nos ha debilitado y nos ha vuelto irresponsables. De ahí el clamor en pro de un hombre fuerte que ponga fin a toda miseria. Esa reclamación de un dictador no es un signo de fortaleza, sino una prueba de nuestra inconsistencia interna y de nuestra debilidad, aun cuando los que la muestran se esfuerzan por dar la apariencia de ser muy valerosos. Lo que no posee el hombre mismo es lo que más codicia. Y como se siente demasiado débil pone su salvación en la fortaleza ajena; porque somos demasiado cobardes o demasiado tímidos para mover las propias manos, y ser forjadores de nuestra suerte, confiamos el propio destino a los demás. Bien dijo Seume cuando afirma: "La nación que sólo puede o debe ser salvada por un solo hombre, merece latigazos."

No: el camino de la superación sólo puede estar en la ruta hacia la libertad, pues toda dictadura tiene por base una condición de dependencia llevada a un extremo y no puede beneficiar nunca la causa de la liberación. Inclusocuando una dictadura ha sido concebida como etapa transitoria para alcanzar un cierto objetivo, la actuación práctica de sus representantes —suponiendo que tenían la honesta intención de servir a la causa del pueblo— les aparta cada vez más de sus objetivos originarios. No sólo por el hecho de que todo gobierno provisional, como dijo Proudhon, pretende siempre llegar a ser permanente, sino ante todo porque el poder en sí es ineficaz e incita por esa causa directamente al abuso. Justamente porque el poder es infecundo y no puede dar de sí nada creador, está obligado a utilizar las fuerzas laboriosas de la sociedad y oprimirlas en su servicio. Debe vestir un falso ropaje, a fin de cubrir su propia debilidad; y esa circunstancia lleva a sus representantes a falsas apariencias y a una consciente simulación. Mientras aspira a subordinar la fuerza creadora de la comunidad a sus finalidades particulares, destruye las raíces más profundas de esa energía y ciega la fuente de toda actividad creadora: admite todo estímulo, pero de ninguna manera la coacción.

No se puede emancipar a un pueblo sometiéndolo a una nueva violencia y comenzando de nuevo el círculo de la ceguera. Toda forma de dependencia lleva inevitablemente a un nuevo sistema de esclavitud, la dictadura más que cualquiera otra forma de gobierno, pues reprime violentamente todo juicio contrario a la actuación de sus representantes y sofoca así, de antemano, toda visión superior. Pero toda condición de sometimiento tiene por base la conciencia religiosa del hombre y castra sus energías creadoras, que sólo pueden desarrollarse pacíficamente en la libertad. Toda la historia humana fué hasta aquí una lucha continua entre las fuerzas culturales de la sociedad y las aspiraciones de dominio de determinadas castas, cuyos representantes opusieron firmes barreras a la aspiración cultural, o al menos se esforzaron por oponerla. La cultura da al hombre la conciencia de su humanidad y de sus fuerzas creadoras; el poder ahonda en él el sentimiento de su sujeción esclava.

(Rudolf Rocker, en Nacionalismo y Cultura)

★ ☆ ★ ★ ☆ ★ ☆ ★ ★ ☆ ★ ☆ ★

FRANCO, PACIFISTA

Con la misma tranquilidad de conciencia con que el Vaticano bendijo las armas fratricidas del general Franco, éste se ha convertido en estos últimos tiempos en ángel de la paz y en custodio de la dignidad humana...

Cuando las tropas nazis se extendían como una mancha de aceite sobre Europa, Franco brindaba su admiración al genio del Führer, exaltando la tremenda precisión de su máquina de guerra.

Cuando la aviación alemana convertía en escombros ciudades y vidas humanas en Varsovia, Rotterdam, o Londres, el general Franco se sentía en la gloria, ante el "tremendo triunfo del nuevo orden".

Dió un brusco viraje la guerra. Fué la máquina aliada descargando golpe tras golpe, arrasando al "eje" en Africa y sembrando en las entrañas de Alemania e Italia la semilla de sus bombas...

Franco no puede sufrir tanto dolor, tanta angustia. De su boca salió entonces la llama divina, clamando por una paz que pusiera término a "una lucha en la que ningún bando podía ganar".

Y, desde la cumbre de su montaña, lanzó el acento cristiano, el lamento apostólico, la imprecación divina, contra los terribles efectos de los bombardeos aéreos contra la población civil.

Había que hacer la paz; era urgente suprimir los ataques aéreos. ¡Qué lenguaje podía sonar más alto, más humano, que el del "caudillo"?

Pero a su [illegible] respondió la burla, y con la burla [illegible] recuerdos de color y gusto de sangre. De Londres contestaron: "[illegible] contra los bombardeos nazis, de [illegible]".

Salieron los recuerdos a replicar al verdugo disfrazado de ángel, al asesino vestido de apóstol; desfilaron los horrores de la España martirizada, los miles de niños españoles despedazados por la aviación franquista, los millones de hogares enlutados por orden del traidor. Los recuerdos de esa España que, derrotada no está vencida, acusan al farsante. De la España que podrá curarlos a su hora a la banda de asesinos que encabeza el "caudillo".

Deben anularse los planes capitalistas

MIENTRAS los gobernantes que dirigen la guerra contra el "eje" reiteran sus propósitos de eliminar para siempre los gérmenes de los sistemas monstruosos que dominan gran parte de Europa, asegurando a todos los pueblos del mundo el derecho a vivir en pleno goce de sus derechos de pueblos libres, la diplomacia real, a través de los hechos actuales, desmiente tales objetivos, al ofrecer indicios claros de una política que consiste en captar simpatías y ganar batallas sin sangre a costa de combinaciones que significan, ni más ni menos, que la condena a la esclavitud para grandes pueblos. Los hechos demuestran que para los Estados aliados los principios que figuran en sus "fines de guerra" y en sus "planes de reconstrucción" no impiden negociar con regímenes y hombres de definida calificación fascista, ultrarreaccionaria. Y esta política, que llaman "estrategia" transitoria, basta para confirmar las cruentas experiencias históricas y para afirmar rotundamente que si los pueblos no desbaratan las intenciones del capitalismo, éste no vacilará en valerse para "asegurar el orden" después de la derrota nazifascista, de los grupos y hombres más reaccionarios que se presten a realizar de custodios de los intereses de las potencias victoriosas.

Si pensamos que el bloque de las "naciones unidas" incluye, refiriéndonos a América, a regímenes de neto corte dictatorial, como los que imperan en el Brasil, en Paraguay, en el Perú, en Bolivia, etc., cuyos gobernantes también declaman sobre la "justicia internacional" y los sagrados principios de la democracia, de la libertad, de la paz; si pensamos que quienes estudian y preparan planes de postguerra, son los representantes más fuertes de la industria, la finanza, el comercio, de todas las fuerzas del capitalismo; si consideramos el carácter de los planes de reconstrucción hasta ahora propuestos en Londres y Washington, llegaremos a la conclusión lógica que no nos cansaremos de señalar, para borrar todo equívoco y neutralizar el confusionismo sembrado por los que han renegado de los principios del socialismo entregándose incondicionalmente en brazos de las potencias aliadas: el capitalismo no hará una reconstrucción para renunciar a ninguno de sus privilegios; sólo tratará por todos los medios de asegurar su existencia, evitando las perturbaciones que pusieron en peligro los planes angloamericanos.

Por otra parte, hay hechos que resultan por su significación y que son índice de lo que puede suceder en el período de postguerra. Esos hechos se han comentado ampliamente y nadie los ha desmentido de forma categórica: la entrega de la dirección del Africa del Norte a los generales políticos más reaccionarios de Francia, desoyendo el clamor de los pueblos de Francia y de sus colonias que los acusan de complicidad con los que hundieron a aquel país; [illegible] de Hitler, la política de apoyo a Franco que [illegible] al pueblo español, que fué víctima de esos mismos Estados democráticos empeñados en apuntalar el régimen de terror del falangismo; los planes de restauración monárquica en España que tienen su centro más sólido en Londres, en la Inglaterra oficial; los presuntos planes de apoyo a la monarquía italiana, a condición de cambiar el elenco encabezado por Mussolini por elementos catalogados como partidarios de los aliados, por ejemplo Dino Grandi, el mariscal Badoglio, etc.

Así como hoy todo eso se pretende justificar con las razones de guerra, de alta estrategia, una vez terminada la contienda, los gobiernos victoriosos apelarán a esos mismos planes para "asegurar el orden", para oponer la represión de la burguesía más reaccionaria a las exigencias populares y sofocar en sangre cualquier movimiento auténticamente revolucionario. Quienes confían en las bellas promesas de los gobernantes y en las cláusulas [illegible] de sus programas postbélicos, ha perdido de vista las enseñanzas de la historia y cierran los ojos ante los hechos actuales. Únicamente la acción de los pueblos podrá desbaratar los planes de sojuzgamiento que el capitalismo ya está ejecutando.

FRENTE A TODOS LOS RENEGADOS AFIRMAMOS NUESTRA FE SOCIALISTA

Enarbolando la gloriosa bandera del socialismo, símbolo de justicia social y expresión de los anhelos de solidaridad, las masas explotadas de todo el mundo han rendido las batallas más gloriosas en pro de su emancipación integral, realizando positivos avances hacia el supremo ideal de libertad y de dignificación humana.

En nombre del socialismo, sin distinción de escuelas, partidos o fórmulas doctrinarias, los hombres abnegados y sensibles a la justicia de todos los tiempos, militantes de vanguardia revolucionaria, han llegado a los más extremos sacrificios, con la convicción de servir un ideal justo y de propender a un perfeccionamiento indefinido de la sociedad.

La solución del socialismo, auténtico, sin bastardeos autoritarios y sin parasitismo burocrático, aparece como la única posible en el callejón sin salida a que el capitalismo en descomposición ha llevado a los pueblos.

Sin embargo, a pesar de su magnífica trayectoria histórica y a pesar de las legítimas esperanzas que despertara en los corazones de todos los oprimidos, la gran mayoría de los que se afirmaban dirigentes oficiales del socialismo, en sus diversas escuelas marxistas, han renegado hace tiempo del ideal y de la doctrina que decían sustentar. Lo han hecho de un modo implícito, vergonzante, sin renunciar al rótulo de la denominación. Renegaron en los hechos, antes que en las palabras, los programas y las consignas. Unos, en nombre de un "sabio" reformismo democrático que pretendía realizar los postulados esenciales del socialismo, mediante los resortes del Estado burgués, creado para la conservación del privilegio en la sociedad. Otros, mediante sucesivas trasgresiones, expresadas en fórmulas demagógicas que partiendo de la revolución mundial, llegaron a prescribir la unión sagrada con la plutocracia.

Nosotros, libertarios, no renegamos. Seguimos siendo socialistas en el sentido primitivo, sustancial y revolucionario del término. Creemos que el capitalismo debe ser suplantado por una vasta asociación de productores, donde no haya lugar para el parasitismo ni para el privilegio. Creemos que la genuina organización de los productores, obreros industriales y campesinos, técnicos y hombres de ciencia, debe disponer las formas de producción y de distribución, para el fin esencial de satisfacer todas las necesidades humanas. Creemos que con tales objetivos debe lucharse para la próxima reconstrucción mundial y ofrecerlos como lema y bandera a todos los trabajadores y a todos los hombres amantes de la justicia.

Con plena conciencia de nuestra responsabilidad social, "levantamos en alto una bandera gloriosa que otros han abandonado, después de haber pretendido envilecerla, poniéndola al servicio de sus apetencias de poder". Esa bandera es la del socialismo que, a despecho de todos los renegados, habrá de servir aún como símbolo de lucha en la liberación de todos los oprimidos.

★ ☆ ★ ☆ ★ ★ ☆ ★ ☆ ★ ★ ☆ ★ ☆ ★

Prosigue Con Gran Exito la Campaña de Ayuda a los Refugiados Españoles

SE HAN REUNIDO CERCA DE DOS MIL PESOS, QUE SE REMITIERON YA A MEXICO PARA SU DISTRIBUCION

CADA gesto digno que surge en los actuales momentos, adquiere un valor especial al ubicarlo en el cuadro lamentable que ofrece el movimiento obrero, tan bastardeado por los traficantes políticos. Si ha sido siempre alentadora la práctica de la solidaridad en grandes núcleos del proletariado, como índice de su capacidad combativa y de su comprensión de los problemas sociales, cuando ese sentimiento se manifiesta en épocas de depresión colectiva, cuando son raras excepciones las organizaciones bien orientadas y reina impunemente la demagogia politiquera dictada por la táctica o la presa protección oficialista, su significación tiene una importancia mucho mayor, ya que señala la existencia de fuerzas y valores que pueden ser factores decisivos para el recobramiento de la dignidad, de la potencialidad de la clase obrera.

Esa significación tiene para nosotros los esfuerzos que convergen para asegurar el éxito de la campaña pro del "Fondo de Solidaridad", que está destinado a prestar ayuda a los trabajadores españoles refugiados en varios países de América y según rigieron informaciones recientes, también a los que se hallan en el Norte de Africa.

Leyendo el detalle de los aportes que publica el periódico SOLIDARIDAD OBRERA, que lanzó, como informáramos oportunamente, la iniciativa de realizar una suscripción pro refugiados, constatamos que la campaña adquirió una amplitud insospechada gracias a las importantes contribuciones de varias organizaciones obreras y a los excelentes resultados de las listas de suscripción distribuidas por la "Comisión pro Fondo de Solidaridad", a cuyo cargo están las tareas propias de la campaña. La suma reunida se aproxima a los dos mil pesos, habiéndose ya remitido a México dos giros que permitirán ampliar la ayuda que vienen prestando a muchos refugiados de Santo Domingo, Cuba y Martinica, cuya situación hemos relatado reiteradamente para incitar a todos los hombres dignos y a las entidades que no han sido vaciadas de los más nobles sentimientos, a acudir en socorro de los abandonados héroes de la gloriosa revolución española.

Además del éxito de la campaña realizada por SOLIDARIDAD OBRERA, que estamos seguros será aumentado por nuevos aportes, vemos con satisfacción que los llamamientos en pro de los refugiados han tenido la virtud de despertar y estimular varias iniciativas solidarias en entidades que se aprestan a cooperar activamente, enviando ayuda a las víctimas de la política funesta de los que manejaron el dinero de la España republicana que llevaron al exilio, a capricho de sus apetencias personales y de sus odios contra los trabajadores revolucionarios, particularmente de la Confederación Nacional del Trabajo.

Nuestros compañeros no necesitan exhortaciones para volcar su entusiasmo en la campaña pro refugiados. Estamos seguros de que no escatimarán esfuerzos para que la misma alcance el resultado que merecen. Que merecen los hombres que nos dieron tan alto ejemplo de sacrificio, al enfrentar a un mundo sordo a su demanda de justicia, defendiendo sus derechos contra la barbarie fascista.

LA LIBERTAD, ASPIRACION SUPREMA DE LA HUMANIDAD

La marcha de la historia no se presta a la menor duda cuando se quiere descubrir la dirección, el rumbo y la meta que determinaron las más grandes conmociones populares, los más heroicos combates del pensamiento, de la ciencia, de la filosofía y del arte. En la trayectoria de todos los pueblos, en la evolución de todas las formas y expresiones de la civilización, en la pugna que enfrentó a las corrientes progresivas con las fuerzas conservadoras y reaccionarias, en las terribles etapas del dominio feudal y de la inquisición religiosa y en los más gloriosos períodos del perfeccionamiento humano, la causa motriz, el nervio y el sueño de pueblos e individuos, de lo mejor de nuestra especie, fué la libertad. La liberación económica, la lucha creada por el "determinismo económico", la pretendida "ley" del marxismo que hace girar todos los fenómenos en torno a la forma de producción y a sus contradicciones, resultan partículas ínfimas, en cuanto de verdad encierran, cuando se estudia la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos de la tierra, tomando como punto de referencia la aspiración suprema que forjó los adelantos en todos los órdenes: en los sistemas políticos, en las costumbres, en las condiciones del trabajo, en los instrumentos de producción y en las especulaciones más complejas del intelecto y del espíritu. Cada paso hacia adelante costó sangre, sufrimientos y lágrimas. Cada conquista de un grado más de libertad fué fruto de cruentas revoluciones. Cada triunfo de una nueva interpretación filosófica o de una nueva ley científica enfrentó a los abanderados del libre pensamiento, desde el patíbulo y la hoguera, a veces, bajo una tempestad de persecuciones, burlas y calumnias casi siempre, con los guardianes del dogma, con los sacerdotes de un pasado que quería cerrar los caminos al progreso humano. En derrotas y en victorias, en la calle hirviendo de entusiasmo y en la celda siniestra de los tiranos, la inagotable fuente del amor a la libertad, de la aspiración a ver triunfar la verdad en toda su plenitud, gestó las páginas más trascendentales y legó a la posteridad la herencia que hubo que defender a costa de la vida. Tan acendrado es el impulso hacia una mayor libertad en la especie humana, que los más feroces enemigos —como los nazis, en nuestra época— no vacilaron en invocarla y prometerla a los pueblos sometidos a su dominio. Sin una tendencia de tan fuertes virtudes, sin una aspiración tan merecedora de todos los sacrificios, el choque entre la reacción y el progreso, entre los poderes reinantes y las masas oprimidas, entre el terror gubernamental y la rebeldía popular, hubiera terminado siempre con el aplastamiento de los abanderados de la libertad. Sólo esa fuente de energía —la lucha por la libertad— puede explicar el proceso de los continuos martirologios individuales y colectivos que empujaron a la humanidad hacia días mejores.

Desde los períodos más remotos hasta nuestros días, hallaron eco en las masas las prédicas libertarias y los programas de los partidos y movimientos sociales que, por uno u otro camino, se fijaron como meta suprema la conquista de más libertad y más bienestar, que es una de las formas de esa misma libertad. Los grandes esfuerzos históricos —la derrota del feudalismo, la revolución inglesa, la gran revolución de 1789, las revoluciones independistas de las Américas, la revolución rusa, la revolución española —que jalonaron las fechas cruciales, se inspiraron en la lucha por la libertad. Los movimientos que afianzaron sistemas progresistas y normas de vida más dignas, como aquellos que desvirtuaron su origen y objetivo, desembocando en sistemas retrógados y liberticidas, tuvieron el apoyo de los pueblos, que alcanzaron los límites más altos en el sacrificio, sólo y únicamente porque las batallas se dieron en nombre de la libertad. Desde el esclavo alzado contra el déspota del medioevo hasta el proletario que hoy prosigue la gran lucha contra las instituciones del Estado y del capitalismo, todos los esfuerzos de la humanidad obedecieron, en última instancia, a este lema: "¡Queremos ser libres!"

Esa larga y dolorosa experiencia ha servido al anarquismo para construir su doctrina y sus soluciones. Mientras todas las fuerzas llamadas de izquierda postulan programas incompletos que dejan en pie alguna institución opresiva, nosotros queremos encauzar el ansia de libertad hacia una solución definitiva, en lo económico, en lo político, en lo moral.

(Del folleto de la FACA: "¡Tu Organización, Compañero!")

EL FRACASO DE LA DEMOCRACIA DECADENTE HA ABIERTO PASO A LAS DICTADURAS

Cualquiera sea el grado de libertad que concede al pueblo un sistema que se dice democrático, mientras el pueblo esté en condiciones de defender sus derechos pisoteados y de ejercer cierta presión para rescatar las conquistas populares; mientras queden posibilidades de obrar con alguna libertad, es preferible ese sistema a una dictadura, a un régimen despótico que niega lisa y llanamente el más mínimo movimiento al pueblo, a quien impone un servilismo incondicional, entregando al Estado la suprema función de vigilar y castigar a quienes se atrevan a discutir sus actos o a oponerle cualquier resistencia.

Las libertades que se definen falsamente como frutos excelentes de la democracia, pertenecen al haber de los pueblos, que han luchado por ellas, que las han gestado y desarrollado en las grandes revoluciones, que han forjado con sangre y dolor las conquistas arrancadas a las clases dominantes. Esas libertades, ese afán de libertad que empuja a la humanidad a los gestos más sublimes, son defendidas, deben ser defendidas hasta el final porque constituyen la esencia misma de la civilización y porque con ellas pueden los pueblos proseguir la lucha por la superación de las conquistas logradas y por su liberación integral.

Pueden ser complejos los factores que conducen a la dictadura, pero en última instancia es el fracaso de la democracia en todos los órdenes, lo que incuba los golpes de fuerza y da a luz un remedio peor que la enfermedad que pretende curarse. Ese fracaso no sólo despierta las fuerzas más reaccionarias temerosas de las consecuencias del descontento del pueblo, lanzándolas a las cruzadas en "salvaguardia de las instituciones", sino que es la causa profunda de la inercia y de la incapacidad de las fuerzas populares, que dejan el camino libre a las dictaduras, confiándoles las soluciones que no encontraron bajo gobiernos intitulados democráticos, o se ven impotentes para detener la ofensiva dictatorial por haber sido desarmados moralmente por la prédica domesticadora de los partidos políticos y de los dirigentes de las organizaciones obreras reformistas.

Esa democracia decadente deja el camino expedito para las marchas triunfales de los que emplean el recurso peligroso de la fuerza, la dictadura, con el presunto fin de arreglarlo todo, de traer la felicidad y el orden por medio de decretos. Ha sido incapaz de aportar soluciones a los problemas económicos, y sólo se ha preocupado por montar las máquinas políticas que habrían de asegurar el afianzamiento en el poder de los privilegiados. Ha sido la fuente milagrosa donde fueron a beber los sedientos de riquezas, que en los "negociados" y "affaires" escandalosos robaron al pueblo, esquilmaron las arcas del Estado. Ha sido la protectora de los grandes tiburones del capitalismo mediante las famosas "regulaciones" que favorecieron el alza de precios y dieron alas a la especulación más desorbitada.

A la esterilidad y a la delincuencia que campean en el terreno económico de la democracia en bancarrota, se agrega la política de represión que va anulando las libertades y los derechos del pueblo, que pone en práctica métodos de tipo fascista para destruir las organizaciones más combativas de los trabajadores y que hace equilibrios para mantener la apariencia democrática con parlamentos y elecciones mientras se vale de la corrupción y del fraude descarado para conservar las posiciones.

Pero no sólo son las esferas oficialistas las que llevan a las crisis arrastradas por la ambición de poder y riqueza. La decadencia de la democracia, viciada hasta la médula, se contagia a las fuerzas llamadas de oposición que, a pesar de las experiencias, siguen engañando al pueblo con el cuento electoral, sin tener un gesto viril frente a las afrentas y latrocinios de los gobernantes. El pueblo pierde su fe ante el espectáculo que ofrece la cobardía estéril de la oposición. Se adapta dócilmente al lema de "dejar hacer", desarmado por un escepticismo que aprovechan bien los que implantan, para remachar las cadenas que paralizan al pueblo mismo, la siempre funesta receta de la dictadura.

SINTOMAS FASCISTIZANTES

La primera proclama oficial, difundida desde la Casa de Gobierno, suscrita por el primer jefe del movimiento militar, general Rawson, es un documento típicamente reaccionario, de corte inconfundible, en el que abundan, a pesar de la brevedad del mensaje, el tono clerical, la furia anticomunista y el nacionalismo característico de los más cerrados profesores de los sistemas totalitarios.

Después de dar a conocer los propósitos de las fuerzas armadas en la proclama distribuída durante la marcha de los regimientos hacia la capital, esta síntesis de [illegible] de la "revolución", para sobre [illegible] a muchos que se habían entusiasmado por el lenguaje democrático y constitucionalista de los primeros momentos. Un gobierno que [illegible] inspirado por fines tan contradictorios —por un lado la "restitución de derechos y garantías conculcados", y por otro la "educación de la infancia en la doctrina de Cristo, de la juventud en los principios nacionalistas" y la lucha contra "la amenaza comunista, determinada por la falta de medidas de previsión social"— debía forzosamente aumentar el clima de incertidumbre que acompañó a la sorpresa causada por el derrumbe sin gloria del gobierno Castillo.

En la proclama del 4 de junio decía el general Rawson, entre otras cosas: "El comunismo amenaza sentar sus reales en un país pletórico de probabilidades, por ausencia de previsiones sociales. La justicia ha perdido su alta autoridad moral, que debe ser incorruptible. Las instituciones armadas están descreídas y la defensa nacional negligentemente imperfecta. La educación de la niñez está alejada de la doctrina de Cristo, y la [illegible] de la juventud sin respeto a Dios, ni amor a la patria".

Cuando se habla ese lenguaje, es preciso ir más allá de la significación limitada por las expresiones que caben en una proclama. Es necesario remontarse a los representantes de esas corrientes retrógradas que han tenido su puntal más firme en el clero y que, so pretexto de la "amenaza comunista" —en la que incluyen a todas las fuerzas de la izquierda social— desataron las reacciones más crudas contra todo lo que fuera expresión de independencia, de ideas propias, de esfuerzo cultural progresivo, de oposición a la omnipotencia de los poderes establecidos.

Los acontecimientos dirán hasta qué punto servirá de guía esta trilogía reaccionaria a quienes ahora ocupan el poder. Nacionalismo, clericalismo y anticomunismo, forman las columnas básicas de sistemas totalitarios como los que reinan en Italia y España, donde el Vaticano ejerce influencia tan poderosa. Siempre simbolizan a la reacción fascistizante. Son síntomas de un peligro real, que encierran una advertencia a la vez que auguran una "cruzada" nada compatible con las promesas de restauración de las garantías constitucionales y de los derechos conculcados por el gobierno depuesto.

Fuerzas oscuras de la historia resurgen en esta época, en que se habla tanto de un mundo nuevo, libre de amenazas, para después de la magna contienda de la guerra. Hay que denunciarlas y combatirlas.

★

NACIONALISMO, CLERICALISMO, ANTICOMUNISMO

★

LA PSICOSIS MILITARISTA

Si los pueblos han mantenido siempre un recelo permanente frente al militarismo, ello se debe a las dolorosas experiencias que sufrieran cada vez que el poder cayó en manos de las fuerzas del ejército, a través del golpe de algún militar afortunado o de un sector del mismo inspirado en los más disímiles propósitos.

Para el militar, el régimen de cuartel es el ideal, el régimen-tipo que conduce al orden perfecto. La disciplina que impone obediencia ciega y el funcionamiento rígido de las jerarquías establecidas, resumen la máxima ley para una actividad cualquiera. Estas convicciones arraigadas crean una psicosis especial, que se traslada y aplica en el gobierno a costa de las libertades y derechos más preciados por el ser humano, ya que se pretende convertirlo en servidor incondicional de la máquina estatal, sin admitir la discusión y menos la desobediencia a las órdenes emanadas de los altos mandos, por opuestas que sean a los sentimientos y aspiraciones de los que deben acatarlas.

Por mejor inspirados que estén los hombres que ocupan los planos superiores en la escala jerárquica, sus errores y desaciertos se transmiten por órdenes indiscutidas. El "cúmplase" que se estampa arriba, debe realizarse, aunque los subordinados sepan que van a la catástrofe. Y la historia enseña que el genio más iluminado tiene sus errores. Napoleón, con toda su gloria, tuvo su Waterloo. Trasládese ese sistema a la vida entera de un país, y se podrá concebir la ingrata perspectiva que abre el reinado de esa psicosis para cualquier pueblo.

La obediencia ciega, la anulación de la libre crítica, la supresión del pensamiento libre, no llevarán jamás a los pueblos hacia la libertad.

Ninguna Solución es Posible al Margen de la Actuación Popular

Todos los gobernantes —desde el nazi hasta el de cualquier democracia— invocan al pueblo, para desarrollar su política. El pueblo es, para el tirano más siniestro, para la dictadura bolchevique, para los estadistas más democráticos, la fuente de sus inspiraciones, el objeto de sus preocupaciones, el principio y el fin de todo paso que se da desde el poder. Sin olvidar las diferencias que separan a los distintos regímenes, la verdad es que a pesar de asumir la "representación del pueblo", ningún gobierno puede hacer lo que el pueblo quiere, lo que al pueblo puede beneficiar en el sentido de mayor libertad, de más bienestar, de más amplitud en su participación y dirección en los acontecimientos. La verdad es que para obtener cualquier conquista, el pueblo tuvo que actuar, que imponerse, que sacrificar sus mejores fuerzas, afrontando la furia represiva de los mismos gobernantes que se decían mandatarios de aquellos que masacraba y encarcelaba, de aquellos que sufrían toda clase de privaciones y vejámenes. Si en las llamadas democracias, el pueblo, y de modo especial el proletariado, tiene que actuar con todas sus fuerzas para imponer y hacer respetar todas y cada una de sus conquistas, dejando al margen a los llamados representantes ungidos por el voto, en los sistemas dictatoriales esa acción alcanza proyecciones de verdadera insurrección, de guerra a muerte, que culmina con la caída del régimen o con una más sangrienta dominación. Siempre fué y seguirá siendo indispensable la intervención directa del pueblo para la defensa de sus derechos y la obtención de otros nuevos. Porque siempre el poder está en manos de las minorías privilegiadas cuyos intereses son contrarios a los de las masas productoras, y porque todo poder tendrá tanto más fuerza cuanto mayor sea la incapacidad del pueblo para reaccionar, para oponerse a sus atropellos.

Tampoco ahora, ante las circunstancias que surgen del copo del poder por las fuerzas militares, habrá solución efectiva para los múltiples problemas de esta hora, habrá recuperación de los derechos y de las libertades, habrá la extirpación de los elementos nazifascistas, habrá una derrota de la reacción oligárquica, si el pueblo deja hacer, si no actúa por medio de sus diversas organizaciones, para obtener mejoras duraderas en las condiciones de vida y, sobre todo, el goce de las libertades fundamentales, sin las que queda desarmado frente a cualquier intento de encadenarlo al yugo de cualquier flamante despotismo. Como siempre, será decisiva la actuación popular.

SATURACION TOTALITARIA

Los golpes de Estado, los cuartelazos, los "pronunciamientos" —legado de la madre patria— han aparecido periódicamente en la evolución política de los países iberoamericanos, como jalones rojos en su historia. En cada caso, un caudillo o un jefe militar, al frente de fuerzas armadas, se hacía dueño del poder, derrocando el gobierno vigente e imponiendo su propia "legalidad", mediante decretos cuya validez residía en la cantidad de sables, fusiles o cañones de que podía disponer el firmante de los mismos.

Aunque casi siempre esos caudillos triunfantes aparecían como restauradores, salvadores de la patria o reformadores políticos, en realidad sólo perseguían el poder como fin en sí mismo y su "programa", desprovisto de la hojarasca verbal de circunstancias, se reducía a esto sólo: mantenerse en el poder a toda costa, durante el mayor tiempo posible. Lo que no impedía, desde luego, que al amparo de esa ambición autoritaria se [illegible] y consolidaran intereses de clase y de casta, perfectamente definidos.

En la actualidad se produce el mismo fenómeno en los países similares, aunque con una decoración distinta. Los dictadores también pagan, a su modo, tributo a la época. Y la época, para ellos, es de tinte totalitario. Por eso, no se limitan a retener el poder e invocar las glorias del pasado. También ensayan reformas económicas y sociales, tienen sus planes corporativos, aspiran a controlarlo todo: la educación, la prensa, las organizaciones obreras, populares, políticas, culturales, etc.

No sabemos aún qué "innovaciones" de ese género tienen en carpeta los generales, coroneles, almirantes y contraalmirantes que ahora nos gobiernan. Pero es de presumir que pronto saldrán a luz y que habrán de ostentar un inconfundible sello totalitario. Falta saber hasta dónde esas innovaciones serán aplicables donde el totalitarismo sigue siendo exótico a pesar del trabajo preparatorio hecho en su favor por los gobiernos precedentes.

SIGNIFICACION REACCIONARIA DE TODAS LAS CORRIENTES DEL NACIONALISMO

Los hombres más clarividentes de la hora actual, los pensadores que analizan con juicio sereno y espíritu objetivo los acontecimientos que se desarrollan sobre un plan mundial, coinciden en la conclusión de que la guerra actual y sus derivaciones posteriores, a través de una reconstrucción igualmente mundial, ha de significar la liquidación de los nacionalismos, tal como se han crecido y cuya crisis de crecimiento ha provocado en gran parte la presente contienda.

Se condena no sólo al "nacionalismo económico" con sus absurdas pretensiones de proteccionismo y autarquía —política bélica por excelencia— sino al nacionalismo en general, con todas sus exageraciones políticas y seudo culturales que coloca permanentemente a unos pueblos frente a otros y exacerba las pasiones más agresivas. No en vano el fascismo aparece en todas partes bajo un rótulo nacionalista, aún allí donde sus adeptos hacen las veces de espías y quintacolumnistas al servicio de potencias extranjeras mientras esperan la oportunidad de manifestarse abiertamente como traidores a la patria que tanto exaltan.

Es que el nacionalismo, que en un pasado ya remoto pudo desempeñar en algunos pueblos el papel de romanticismo revolucionario, al luchar contra poderes opresivos de origen extranjero, es actualmente francamente reaccionario. Lo es en el sentido más directo y simple de la palabra, pues se opone tenazmente al cumplimiento de una etapa evolutiva impuesta por la técnica actual y determinada por el juego de las fuerzas políticas sociales dominantes. Esa etapa ha de consistir en la superación de las fronteras nacionales y la modificación sustancial del concepto de "soberanía", como condiciones de un nuevo orden mundial en gestación.

Sea que esa orden se estructure sobre bases federalistas, como anhelamos los libertadelo de las grandes concentraciones estatadelod e las grandes concentraciones estatales, con determinados núcleos de relación en cada continente, se descuenta que ya no será factible el viejo sistema de las divisiones nacionales, con las barreras aduaneras, sus rivalidades agresivas y la hipertrofia patriótica que ha envenenado varias generaciones de jóvenes en diversos países.

A tal conclusión llegan no sólo pensadores desinteresados y revolucionarios "utópicos" sino también técnicos y políticos realistas con amplia visión y decisiva influencia en el desarrollo actual de los acontecimientos mundiales. Sólo los románticos, los conservadores y los reaccionarios se hallan apegados a los viejos conceptos nacionalistas, que en la práctica se identifican con los métodos clásicos del totalitarismo.

Ahora, cuando un nuevo ensayo de imposición totalitario se aplica en el país, aflora y se intensifica la demagogia nacionalista de todos los motivos, contagiando con sus lemas y su terminología incluso a muchos que pretenden estar de este lado de la barricada, del lado de la libertad.

Nuevamente se abusa de términos como argentinismo, argentinidad, que no significan nada como definición política social y que carecen en general de sentido preciso, como pueden carecer de sentido los de chilenidad, peruanidad y otras invenciones semejantes que sólo han servido para "camuflar" los designios reaccionarios de todo género de dictadores y aventureros políticos.

Los partidos de la libertad y la justicia, no como abstracciones o fórmulas vacías, sino como realidades de la vida cotidiana, deben desechar esos términos equívocos, junto con el contenido que les dan los enemigos del progreso y de la equidad social. Los grandes valores, que dignifican a la humanidad, son universales. La nueva reconstrucción política social se hará sobre un plano mundial. No hay lugar ya para los nacionalismos reaccionarios y trasnochados.

AMERICANISMO Y NEUTRALIDAD

Al irse perfilando con mayor claridad la política que el nuevo gobierno "de facto" adoptaría frente a los problemas cardinales de la actualidad, provocó una especie de gran suspiro de alivio en la opinión pública la declaración de que, en el orden de las relaciones internacionales, se seguiría una fiel línea de acatamiento de los acuerdos emanados de las últimas Conferencias continentales. Ello equivalía —según el consenso popular— a colocarse en un punto de mayor acercamiento con las naciones antitotalitarias que hoy forman un bloque casi absoluto en América. Ello traería aparejada, evidentemente, la adopción de medidas enérgicas contra los representantes locales del nazismo y el fascismo europeo, que gozaban bajo el anterior gobierno de todas las facilidades necesarias para efectuar una amplia propaganda. Y, tal vez, establecería por fin a la tan anhelada ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje.

Otra declaración, casi simultánea, se encargó de desvanecer esas infundadas esperanzas. El país mantendría, "por ahora", la política de neutralidad resuelta por Castillo. Aparentemente, esta disposición no contradice la anteriormente citada de colaboración americana, ya que se le asigna como definición oficial de la prescindencia en cuanto a la intervención directa en la guerra, de parte de ninguno de los bandos.

Pero el pueblo argentino sabe perfectamente a qué atenerse cuando se habla de "neutralidad". Sabe que ella implica la máxima benevolencia que en las actuales condiciones y circunstancias se puede tener hacia el "Eje" totalitario, pues en la práctica la neutralidad argentina se concreta a impedir la exteriorización de las simpatías populares y a permitir que los fascistas realicen tranquilamente sus hábiles campañas antidemocráticas. Además, quedó probado durante el largo período "de Castillo", que al amparo de la situación de neutralidad estaba cobijándose una tendencia franca de nacionalismo exacerbado: prueba de ello, el hecho de que gozara del auspicio oficial la campaña de acercamiento cultural con la España franquista, a fin de sentar las bases históricas de un argentinismo imperialista con el apoyo del totalitarismo triunfante después de esta guerra. Prueba de ello, es también la evidencia de que la Argentina "neutral" constituye el foco declarado del espionaje fascista, y de que nuestros nacionalistas sólo copian de sus ídolos europeos los métodos, para ajustando su programa a la finalidad de crear en América una oposición a los intentos de cooperación continental propiciada por los EE. UU. Como consecuencia de la continuación de la misma política por el gobierno provisional, quedarán en pie esas actuaciones fascistas y seguirá coartándose la labor de las organizaciones de izquierda en favor del antifascismo.

Hay una flagrante contradicción en las dos políticas. Adaptarse al cumplimiento de los acuerdos de Lima, La Habana o Panamá, equivale a colocarse del lado de las potencias democráticas en la actual guerra; también a perseguir a los elementos quintacolumnistas y a permitir que el pueblo intervenga en los acontecimientos, aunque más no sea que apoyando a su gobierno. Atenernos a los rigores de la condición neutral, significa justamente lo contrario: sabotaje indirecto al antitotalitarismo mundial y esperanza en el triunfo del Eje en la actual guerra.

Estamos seguros que será esta última la posición predominante.

SERENIDAD Y FIRMEZA: EN LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA NO NOS DEJEMOS ARRASTRAR POR LAS PROVOCACIONES DE LOS DEMAGOGOS

UNA TACTICA CONOCIDA

Generalmente se oponen los conceptos de demagogia y dictadura como cosas opuestas. Se dice que los excesos de la una dan lugar a los desmanes de la otra. Los dictadores suelen presentarse como restauradores de la austeridad política y de la sobriedad y honradez administrativa, en contraste con los halagos que prodigan los políticos a los electores y su conocida disposición a derrochar la hacienda en rumbosas inversiones. Se dice también que como los dictadores no necesitan el favor electoral, no tienen por qué halagar a los ciudadanos y pueden hacer una administración más escrupulosa y adecuada a los intereses nacionales.

Pero eso es teoría que la práctica ha desmentido en infinidad de casos. También los dictadores necesitan congraciarse con el pueblo y también ellos halagan sus pasiones menos nobles. Deseosos de popularidad, tratan de conseguirlo por medio de una táctica eminentemente demagógica, aunque de naturaleza distinta de la que ponen en juego los políticos que apelan a la democracia.

Sus métodos más corrientes consisten en el mayor desprestigio de sus antecesores democráticos, cuyos vicios, latrocinios y negociados se complacen en destacar, para sentar plaza de purificadores y virtuosos. El gesto de castigadores de los que defraudaron el tesoro público e realizaron algunos de los negocios sucios habituales en las "altas esferas", les complace enormemente, pues suponen que esto suple la carencia de otras condiciones más constructivas.

Recordemos que el difunto Uriburu y los suyos emplearon hasta el cansancio ese procedimiento. Todos los pequeños y grandes [illegible] para edificación del pueblo. Los [illegible] fueron espectacularmente difundidos, para edificación del pueblo. Los próceres septembrinos iban a moralizar el ambiente político y a castigar a los delincuentes públicos, en defensa de los sagrados intereses de la nación.

Eso fué lo que se dijo y se propaló por los altavoces oficiales. Lo que ocurrió ya lo sabemos. Unos señores de apellido respetable vinieron a ocupar los puestos de la "chusma radical". Y metieron las uñas hasta el codo, en la hacienda pública, como ahora se reconoce. Vaya esto como prevención frente a los gestos de los nuevos moralizadores.

Defendamos a Toda Costa la Independencia e Integridad de la Organización Obrera

EL movimiento obrero del país y principalmente su vanguardia combativa, ha venido sufriendo rudos golpes por parte de la reacción, a partir de la instauración de la dictadura uriburista, en 1930, y a través de los sucesivos gobiernos de la sedicente normalidad institucional.

Millares de militantes fueron encarcelados; centenares de ellos sufrieron las consecuencias de la deportación, es decir, fueron entregados al fascismo de sus países de origen. Otros, moralmente aniquilados por las persecuciones sistemáticas, se retiraron de la lucha. Un denigrante sistema de control policial se estableció en los locales obreros, sometiendo a los trabajadores a una vigilancia permanente, como si se tratara de delincuentes. La libertad de reunión, de palabra, de organización y de huelga, se convirtió para los obreros en una cosa irrisoria, ya que dependen del capricho de cualquier jefe policial.

Junto con esa acción represiva gubernamental, se ha acentuado en los medios sindicales la influencia deletérea de los caudillejos políticos y los burócratas corporativistas, que han procurado dar a los sindicatos un carácter subalterno, sin tónica combativa, sin espíritu solidario, sin orientación revolucionaria. De trasgresión en trasgresión se ha llegado a admitir como cosa normal la intervención de personajes extraños en la solución de los conflictos gremiales, incluso miembros del clero y otros enemigos de clase. Corresponde a los demagogos stalinianos haber llevado la corrupción hasta esos extremos.

El actual cuartelazo encuentra a las organizaciones obreras escindidas por ambiciones de camarillas, por incomprensión interna y falta de una verdadera orientación de clase. Probablemente, ante tal situación no se produzcan represiones espectaculares, destinadas a llevar el terror y el desconcierto a las filas obreras. Probablemente se acentúe el control policial en los sindicatos y se procure someterlos más a las reglamentaciones gubernativas.

Ahí está, precisamente, el gran peligro que acecha a la independencia y la integridad de las organizaciones sindicales. La intromisión oficial en las actuales circunstancias, más pronunciada que en circunstancias normales, significaría la pérdida de todo libertad de acción, la anulación de todo contenido clasista, el acercamiento a sistemas de organización corporativa, de acuerdo al consabido modelo fascista. Y el peligro es tanto más grande, si se tiene en cuenta que abundan los dirigentes que gustosamente se prestarían a actuar en cualquier innovación de ese tipo, con tal de usufructuar los puestos directivos que podrían crearse, incorporándose a la burocracia estatal.

Frente a esta amenaza latente, deben mantenerse alerta los trabajadores, dispuestos a defender a toda costa la integridad y la independencia de sus organizaciones sindicales. La organización obrera responde a una necesidad social ineludible, sin cuya existencia los trabajadores quedarían a merced de la explotación más inicua. Pero su eficacia sólo se manifiesta cuando son los mismos trabajadores que la integran, a través de normas orgánicas fijadas por ellos mismos, quienes deciden sobre su orientación, desarrollo y objetivos inmediatos. Dejar ese derecho en manos de funcionarios oficiales, equivale a negar la propia organización o, lo que es peor, adulterarla poniéndola a disposición de los enemigos de clase.

Defendamos, por encima de todo, nuestros baluartes de lucha. Ocupemos los puestos de responsabilidad que como militantes nos corresponda, dentro de los sindicatos, dando a todos los trabajadores el ejemplo de la integridad y la consecuencia en las circunstancias más difíciles.

DESDE EL 6 DE SETIEMBRE AL 4 DE JUNIO

NO es posible dejar de referirnos a la experiencia de gobierno militar que ya conoce nuestro país, al considerar la situación creada por los acontecimientos del 4 de junio.

Ante todo, debemos manifestar que tanto el gobierno y la política de Castillo como el régimen militar que se ha impuesto, son consecuencia directa de la dictadura de Uriburu; son sus descendientes legítimos. No se ha planteado la lucha entre demócratas y reaccionarios, ni entre republicanos y totalitarios.

Fueron, en realidad, distintas las condiciones existentes cuando se impuso la dictadura uriburista y el momento actual. Entonces se explotó el hastío del pueblo hacia un régimen demagógico e inconsistente, que hacía una pésima administración pero que no coartaba las libertades populares. En aquella oportunidad se difundieron las exacciones, los negociados, las especulaciones de los funcionarios irigoyenistas, y sobre su base se quiso dar la sensación de honradez, justificando medidas enérgicas que iban mucho más allá de las esferas administrativas. Uriburu, desde el primer momento, habló de reformar la Constitución, de imponer una especie de régimen corporativo, de anular las libertades, de quitar atribuciones a todo lo que implicara representación popular; ya en su primer bando hablaba de que la libertad era licencia y amenazaba con suprimirla incluso en la Universidad. El ambiente popular, en los primeros meses de gobierno uriburista, impresionado en cierto modo por la exhibición de la podredumbre del irigoyenismo, no denotaba un fuerte anhelo de defender las libertades y resistir las medidas dictatoriales que cada vez se iban acentuando más.

Las autoridades militares surgidas del 4 de junio se hallaron también ante un régimen corrompido, cuyas hazañas en el terreno del robo y la especulación han superado en mucho al depuesto en 1930. Pero encuentran a un pueblo cansado de tanta opresión, de una vigencia tan prolongada del estado de sitio, de tantas promesas incumplidas, de engaños, fraudes, sofocamiento de todas sus expresiones. Y por más que se esfuerce, por medio de todos los órganos periodísticos y la radiotelefonía, en descubrir maniobras dolosas de los funcionarios expulsados del poder, se dan cuenta los jefes militares que al pueblo no se le conforma ni convence sólo con tales métodos. De ahí que juren públicamente defender la Constitución y las leyes, que prometan extirpar la especulación, que adopten medidas de efecto tendientes al abaratamiento de los artículos de primera necesidad, llamen a los dirigentes sindicales diciéndoles que si no hacen declaraciones hostiles, impiden las huelgas y colaboran, se dejará funcionar la organización gremial, y hasta se derogue, finalmente, la ley marcial.

Para nosotros, tiene importancia capital este aspecto de la actual situación. Porque nos demuestra que si Uriburu, que despreciaba la opinión pública, que no quería conquistar su apoyo sin imponerse sobre ella, cayó justamente por su impopularidad, por el repudio de toda la población, cuánto más fácil será ahora al pueblo impedir con su resistencia los atentados a sus derechos y libertades, forzando a las autoridades a definirse y a desprestigiarse vertiginosamente en caso de que pretenda imitar al gobierno de Uriburu.

UN ORIGINAL MODO DE ABARATAR LA VIDA

CUANDO todo el país está agobiado por la tremenda carestía de la vida que está sufriendo, se le anuncia a toda publicidad que ello será resuelto en breve plazo mediante disposiciones enérgicas que ya tienen comienzo de ejecución.

Es curioso el concepto que tienen acerca de la ingenuidad del pueblo los nuevos abaratadores. Les parece suficiente disponer por decreto u otros métodos coactivos la reducción en unos centavos por kilogramo de ciertos artículos de primera necesidad, para dar la sensación plena de que el costo de la vida es mucho menor.

Naturalmente que impresiona fugazmente al pueblo la comprobación de que determinados productos, que hasta ayer se vendían a precios mayores, puedan adquirirse de la noche a la mañana por unos centavos menos, lo que demuestra que había especulación y ganancias enormes a costa del consumidor.

Pero la impresión es tan fugaz, que inmediatamente queda disipada por la realidad. Está bien que el ministro de Instrucción Pública declare que colaborará a solucionar la carestía de la vida reduciendo el precio de los libros de texto y de los cuadernos escolares... Pero el recibo del casero —para citar un sólo hecho— quita sin duda alguna trascendencia a aquella intención. En la Argentina estamos pagando los alquileres más caros del mundo, desde que insumen del 20 al 25 por ciento del sueldo mensual. ¡La cuarta parte de nuestr[illegible] sólo por disponer de un techo! Y es[illegible] no se solucionará con declaraciones, porque está íntimamente vinculado a todo el sistema impositivo, que hasta ahora no se ha hablado de reformar, y cuya continuidad, en forma sustancial, está asegurada por la designación del nuevo ministro de Hacienda.

Son tantos los a[illegible] de nuestra subsistencia que han sufrido un ascenso en los precios, son tan complejos los problemas que lo han determinado —entre ellos, uno de los más importantes, la política internacional del país, que ha restringido las importaciones, hasta el punto de quedar casi bloqueados— que uno no sabe si asombrarse o indignarse cuando personas graves afirman en tono enfático que todo eso lo solucionarán ellos.

SE HA DESARMADO PREVIAMENTE AL PUEBLO

HAY QUE CONTRIBUIR AHORA A LEVANTAR EL ESPIRITU POPULAR

La vigencia efectiva de las libertades elementales, comúnmente llamadas democráticas, así como la aplicación de muchas otras conquistas políticas y sociales depende, en última instancia, de la capacidad que tenga el pueblo de defender esa conquista, de su espíritu de lucha y su disposición combativa.

Los gobiernos más reaccionarios han tenido que frenar su afán liberticida, frente a un pueblo altivo, dispuesto a resistir los abusos del poder y a mantener la vigencia de sus derechos. Y no siempre el empleo de la fuerza bruta puede prevalecer sobre el espíritu libertario del pueblo.

Por eso ha sido una de las principales preocupaciones de los gobernantes desarmar moralmente al pueblo, acostumbrarlo a través de sucesivas medidas restrictivas a renunciar poco a poco a la libertad, preparando el ambiente a mayores abusos. Mediante el conocido sistema de los hechos consumados, "reglamentando" día a día en sentido negativo los derechos primarios y aquellos que no requieren reglamentación alguna, se ha ido educando en los últimos años a la masa popular a tolerar imposiciones de todo género, llevándola gradualmente a una situación de insensibilidad y resignación frente a mayores atropellos.

Los políticos opositores, por su parte, no obstante sus fervientes invocaciones a la democracia, han contribuido a fomentar asimismo esa pasividad, canalizando el repudio popular contra los abusos autoritarios hacia meras expresiones verbales, tratando de convertirlo simplemente en motivo de proselitismo partidario y alentando absurdas esperanzas en los medios electorales.

La decepción del pueblo frente a los resultados inocuos de tales métodos de oposición, han contribuido a producir en gran parte un estado de ánimo escéptico frente a los desmanes de la dictadura haciendo, incluso, deseable para muchos la imposición de un régimen de fuerza. Más de una vez nos hemos referido en estas columnas a la peligrosidad de tal estado de ánimo colectivo, destacando la responsabilidad que por ello corresponde a los que han adormecido al pueblo con esperanzas pueriles y consejos de pasividad.

Ante la perspectiva sombría que plantean los acontecimientos actuales no hemos de lamentar simplemente los errores del pasado, sino disponernos a la ardua tarea de levantar el espíritu del pueblo y propender a su "rearme moral", como mejor garantía para la vigencia de sus derechos.

UNA ACCION PERMANENTE Y RESPONSABLE CONTRA LAS TENTATIVAS TOTALITARIAS

HEMOS señalado, a través de una insistente prédica fundamentada en los hechos de la experiencia mundial de los últimos años, la vital necesidad de resistir las prácticas e imposiciones totalitarias, sea cual fuera la forma específica que ellas adopten.

Totalitarismo significa absolutismo de Estado, autoridad discrecional, abolición de derechos y libertades esenciales cuya conquista se logró en luchas históricas que señalaron otras tantas etapas progresivas en la evolución de la humanidad. El solo hecho de que tales libertades y derechos se toleren como una gracia y en forma restringida por los gobernantes —tal como ha venido sucediendo en nuestro país y otros países americanos, desde hace bastante tiempo— denuncia una clara tendencia totalitaria que los gobernantes acentúan en la medida en que no encuentran resistencia de parte del pueblo, afectado por esas arbitrarias restricciones.

Si bajo gobiernos más o menos legales como el que acaba de ser depuesto se han limitado hasta la irrisión las libertades públicas, se ha coartado la libre expresión del pensamiento y se ha desarrollado el intervencionismo estatal en todos los órdenes de la vida colectiva, fácil es suponer que todo ello tenderá a agravarse bajo el dominio de un gobierno de fuerza, guiado por una mentalidad militarista, que entraña un desprecio absoluto por la masa popular, aunque el mismo tome formas de paternalismo primitivo y despótico.

El repudio que nuestro pueblo siente por el nazifascismo y por agentes declarados —repudio concretado en el vacío que a éstos rodea— debe manifestarse igualmente contra todas las demás formas de imposición totalitaria, haciéndoles igualmente el vacío, reivindicando la libertad en todas las circunstancias, oponiendo una resistencia permanente, moral o material según los casos y las posibilidades, a cuanto signifique autoritarismo discrecional y atentado a las libertades y derechos populares.

Lo esencial es no ceder, no entregarse, no capitular, en la voluntad y el espíritu, frente a la prepotencia triunfante y los alardes de la fuerza. Hace falta una acción permanente y responsable que no se pague de frases estridentes ni incitaciones vacías de sentido, pero que se afirme rotundamente en la voluntad de resistir, de luchar, de recuperar la libertad de acción para el pueblo, en la defensa de sus más vitales derechos. A través de las organizaciones obreras, de los centros culturales, de las asociaciones populares, de todas las entidades que respondan a una sana necesidad colectiva, debemos formar una firme conciencia de reivindicación libertaria, conciencia afirmativa de la dignidad de un pueblo que no quiere ni debe abdicar de sus atributos más esenciales.

El totalitarismo sólo puede imponerse ahí donde hay una masa gregaria y servil que se entrega voluntariamente al yugo denigrante y se postra ante los dominadores ensoberbecidos. De ningún modo puede prevalecer ante un pueblo que conserva el sentido de su dignidad y la noción vital de sus derechos.

Por encima de las fracciones y los partidos, por encima de los cálculos y las ambiciones políticas, hagamos de la bandera de lucha por la libertad y contra el totalitarismo, el signo común que reúna a todos los hombres dispuestos a defender su dignidad, negándose a caer en la condición de esclavos voluntarios.

UNA VEZ MAS, EL PUEBLO SERA DEFRAUDADO

NO ES TAN FACIL CUMPLIR PROMESAS COMO FORMULARLAS

Contrariamente a las afirmaciones del presidente del gobierno provisional, en el sentido de que "el pueblo no será defraudado en sus esperanzas", es posible decir desde ya, sin temor de equivocarse, que las limitadas ilusiones que hubiera podido forjarse la mayoría de la población, se disiparán a breve plazo.

¿Qué es lo que desea con más fervor nuestro pueblo en los actuales momentos?

UNA MAYOR LIBERTAD: de reunión, de prensa, de asociación, de expresión sin cortapisas de sus sentimientos e inquietudes.

UN RELATIVO BIENESTAR.

LA DEFINICION CLARA DE UNA POSICION ANTINAZI Y ANTIFASCISTA.

Y, en muchos sectores, la posibilidad de elecciones libres.

Ninguna de estas aspiraciones está en situación de cumplirla íntegramente el gobierno militar.

No puede conceder ni permitir el establecimiento de las libertades elementales, porque su régimen, de autoridad, de imposición de la fuerza, necesita asentarse sobre el estado de sitio y la extirpación de toda opinión independiente u opositora.

No puede proporcionar el bienestar que se ansía, porque ello no puede resolverse por medio de decretos, y además, porque los impuestos elevados, el afán de lucro de las clases opresoras, todo el régimen económico y financiero que determina la situación de miseria popular, no se eliminan ni reemplazan con la misma facilidad con que se tome militarmente la Casa Rosada. Además, la designación del ministro de Hacienda constituye toda una garantía para las llamadas "fuerzas vivas", y como consecuencia la defensa de los intereses contrarios al pueblo.

No puede esperarse que el Gobierno interprete y exprese el sentimiento antitotalitario del pueblo. A lo sumo adoptará una actitud más amable hacia las naciones aliadas, pero con seguridad que no tomará contra los nazis, incluso los criollos, medidas tan severas como contra los militantes sindicales.

Por último, la posibilidad de elecciones libres constituye una incógnita, aunque no fuera difícil que se pretenda imponer un militar para una próxima presidencia constitucional. Pero ello no es por el momento lo más importante.

NUEVAMENTE LAS FUERZAS VIVAS SE UBICAN EN PRIMER PLANO

COMO es sabido, se ha dado en llamar "fuerzas vivas" a los grupos sociales que prácticamente monopolizan la riqueza nacional y dirigen las principales actividades económicas. Los ganaderos, los terratenientes, los grandes industriales, los banqueros, etc., se han adjudicado por su cuenta esa denominación, que implica indicar de por sí una situación de privilegio frente al resto de la población del país y principalmente de la masa auténticamente productora, cuyo esfuerzo, a menudo despreciado y siempre mal pagado, es el que da realmente valor a los bienes y riquezas que los demás monopolizan.

Todos esos elementos disponen de fuertes organismos gremiales, cuya función específica y primordial ha sido muchas veces enfrentarse a la organización sindical de los trabajadores, organizando la resistencia patronal, contra las justas reivindicaciones que éstos formulaban y presionando en toda forma a los organismos estatales para obtener la persecución y represión del movimiento obrero, en nombre de la libertad de trabajo y los supremos intereses del país, fórmulas predilectas de esos señores para referirse a sus propios y exclusivos intereses.

Ahora, al asumir el poder el gobierno militar, todas esas entidades se apresuran a expresarle su adhesión y se ofrecen para una amplia colaboración, siempre al servicio de los patrióticos designios proclamados en las altas esferas. La Cámara Argentina de Comercio, la Unión Industrial Argentina, el Centro de Importadores, la Corporación de Productores de Carne, la Confederación de Entidades Defensoras del Comercio e Industrias, aparte de las diversas Cámaras gremiales de los distintos ramos industriales y una infinidad de sociedades anónimas, comerciales y financieras, se han dirigido al nuevo gobierno expresando su complacencia por las declaraciones que éste formulara, las que, en rigor de verdad, no significan ningún compromiso claro y preciso, en el sentido que sea.

Pero los representantes de las "fuerzas vivas", al ponerse a disposición del gobierno, saben lo que hacen. Su adhesión tiene, como siempre, el carácter de una reclame, el ofrecimiento de una transacción. Ellos apoyarán al gobierno, le darán probablemente ayuda financiera, facilitarán su gestión en el orden económico. Pero en cambio, reclamarán el mayor proteccionismo oficial, exigirán más trabas al movimiento obrero, pedirán nuevas franquicias que les permita expoliar más cómodamente a la población laboriosa, haciéndolo al amparo de decisiones oficiales que por ser dictadas por un gobierno de fuerza, nadie se ha de atrever a criticar.

Siempre han considerado esos señores al país como simple objeto de explotación y al referirse a los intereses del mismo, han tenido en cuenta sus intereses particulares. Y en esta hora decisiva de crisis mundial y porvenir incierto, procuran salvar su privilegio social, su condición de clase dominante, poniéndose al amparo de los sistemas de fuerza. Es este el verdadero sentido de su adhesión al gobierno de facto, no obstante haber sido suficientemente "protegidos" —pese a algunas divergencias particulares— por el reaccionario gobierno que acaba de ser depuesto.